

t
o

y
n

p
m

o

e
d

r
u

Otl Aicher

El mundo como proyecto

o

c

el mundo como proyecto

el mundo puede contemplarse como un cosmos inalterable, como un estado permanente en el que nos hallamos envueltos. así se vio la antigüedad, lo mismo en su escuela idealista que en su escuela realista. así lo vio la edad media cristiana, pero así también los empiristas ingleses.

se puede entender el mundo como un proceso evolutivo del cual es el hombre un producto. entonces su modelo estático es sustituido por otro cinético. así aprendimos a ver el mundo desde lamarck y darwin, y así solemos verlo hoy por influencia del behaviorismo y la investigación de la conducta.

y se puede también entender el mundo como proyecto. como proyecto, esto quiere decir como producto de una civilización, como un mundo hecho y organizado por seres humanos. el mundo visto así es, incluso con una naturaleza preestablecida, un mundo de proyectos, sin exclusión de los proyectos fallidos, en el que la naturaleza entra a formar parte de tal mundo sin otra elección que la de someterse a él.

todavía para goethe se dividía el mundo en naturaleza e historia, y el filósofo de königsberg sólo admitía dos dominios de la filosofía: el dominio de la naturaleza y el dominio de la libertad.

basta con que abramos un solo día el periódico para encontrar referencias a automóviles y cohetes, aviones y túneles, fábricas y plantas de montaje en serie, perfumes y sustancias nocivas, estadios de fútbol y torres de aparcamiento, ropas y clínicas, trenes y camiones articulados, satélites y motocicletas de fórmula, la nueva cocina y montañas de basura, bombas nucleares y museos, festivales y guerras, excedentes de mantequilla y premios cinematográficos, la contaminación de las aguas subterráneas y desfiles de modas, el CFC y el ozono, las instalaciones frigoríficas y los raticidas.

el mundo en que vivimos es el mundo que nosotros hemos hecho. cuando darwin declaró que el hombre desciende del mono, todo el mundo quedó horrorizado. pero eso no era más que el horror a que se equiparara al hombre con el mono. lo cual no deja de ser ciertamente escandaloso. darwin hubo de soportar como una condena el que se le atribuyera una formulación que él no hizo. la verdad es que darwin llegó a unas conclusiones sumamente provocativas, pero de las que nadie se escandalizó. darwin dio la vuelta al principio explicativo del mundo que nos infundió la antigüedad, el cristianismo y occidente.

para él no había en el mundo ningún plan, ninguna ley de causa y efecto que tuviera que ver con impulsiones causales, ningún principio espiritual que dirigiera ni gobernara nada, ningún dios creador, ningún espíritu rector del mundo. estaba ya fuera de lugar el buscar las causas de determinados efectos. los propios efectos son causas del desarrollo del mundo. lo que se demostraba, lo que se confirmaba en el uso es el principio de selección de las formas. ninguna razón especialmen-

te conformada como principio causador dirige la evolución del mundo; los caminos son determinados por el principio de la selección del efecto, de la efectividad. cada cosa se entiende con otra y con las que restan en un juego de reciprocidades.

la naturaleza no es lógica, no está determinada. la naturaleza juega, dejando que la vida, la facticidad, el efecto se encarguen de decir qué ha de perdurar.

¿cómo juega la naturaleza? no es necesario esforzarse por lograr entender el principio de la mutación para conocer el carácter de juego de la naturaleza. éste se muestra ya en el hecho de que casi todos los seres vivos existen en dos sexos. en rigor, el hombre en abstracto no existe, sino sólo el varón y la mujer. la sexualidad es la base metódica para que el mundo no se repita continuamente, no se reitere sin cesar, sino que cambie y evolucione. el acto procreador entre hombre y mujer produce siempre hombres y mujeres, pero de diferentes formas y en diferentes mezclas. el supuesto de la evolución de la naturaleza es la variación. las variaciones presuponen un mundo bipolar. las variantes posibilitan el progreso poniéndose a prueba en la vida y aportando lo mejor. la evolución se basa en la disociación del ser en dos elementos.

en la filosofía, en la intelección del mundo, siempre se ha buscado la gran unidad, el ser. pero un mundo de unidades es un mundo monumental, congelado en un único estado. sólo con el entrelazamiento, con la disolución de las unidades, incluida la disolución producto de la muerte, puede el mundo ser creador y original. él desarrolla modelos que no dejan de dar lugar a nuevas variaciones ni de originar nuevas constelaciones. el mundo juega y confía la decisión sobre la victoria y la derrota al juicio de lo fáctico, del efecto. lo que queda es lo viable.

aún hoy apenas somos conscientes del cambio que esto supone. porque esto supone cuestionar las nociones de ley, orden, plan y razón tenidas hasta hoy por fundamento del mundo. y con ellas también lo que llamamos espíritu. sin duda no quedan desechadas en su nivel más básico las leyes y los principios ordenadores, pero sólo pueden admitirse en el mismo sentido en que sólo puede apreciarse la trayectoria biográfica de un hombre cuando su vida ha concluido. todavía en el último año de su vida puede un hombre hacer algo capaz de conferir a ésta un nuevo sentido. sólo después es posible conocer la secuencia lógica de sus etapas, que no deberíamos definirla como persecución de un fin, sino como resultado.

hasta la matemática, la más lógica de todas las ciencias, vio tambalearse su fe en la consecuencia deducible. alan turing se ocupó en el problema de david hilbert, kurt gödel y john von neumann relativo a la posibilidad de demostrar de forma abstracta, mediante deducciones y pruebas lógicas, la corrección y la solidez de la matemática. presentó una demostración no basada en una cadena lógica, sino en la forma de trabajar de una máquina que fuera capaz de operar mate-

máticamente, es decir, de llevar a cabo procesos, de producir efectos. de esta máquina calculadora provienen nuestros ordenadores. el efecto explica la ley.

ello supuso poco menos que el fin de la matemática como teoría. los supuestos matemáticos no se pueden fundar en ninguna necesidad, y su corrección no se puede probar de forma lógicamente definitiva. hoy se proyectan distintas matemáticas luego validadas mediante ordenadores. esto no es el fin de la matemática, pero sí el fin de una matemática legitimada por la necesidad lógica, por conclusiones necesarias.

la mecánica cuántica ya entrevió este desarrollo. no podemos decir con absoluta propiedad cuál es la forma de una partícula elemental, si un corpúsculo o una onda, ni tampoco precisar el lugar donde se encuentra. el determinismo es aquí de carácter estadístico. está presente, pero no se puede establecer. se puede estipular, pero no permite hacer predicciones.

si hay una razón en el mundo, ésta es la de su funcionalidad. ella se muestra en la manera como se alcanzan fines.

desde que existe, el hombre se ha visto a sí mismo como parte del cosmos. siempre se ha determinado a sí mismo desde una explicación del mundo. el instrumento filosófico de esta autodeterminación ha sido la teoría del conocimiento. ¿qué es el mundo para el hombre, cómo se apropia éste de él, cuál es su ligazón a él?

¿cómo es posible el conocimiento? aquí late el intento de dar una respuesta a la pregunta de cuál es nuestra relación con el mundo. el conocimiento era el vínculo entre sujeto y objeto.

en el modo tradicional, el conocimiento se entendía como reflejo del mundo en nosotros. igual que la pintura reproduce figuras, la razón produce copias de lo que hay.

pero hace tiempo que hay una pintura sin figuras, e igual que hay una pintura constructivista hay también una teoría constructivista del conocimiento. de ella resulta que el conocimiento humano es un producto humano, una técnica para la formación de conceptos y definiciones que en el mejor de los casos proporciona un modelo del mundo, pero no una copia del mismo. el espíritu como sustancia vinculante del hombre y el mundo, como mediador de su relación, se entiende cada vez más como intelecto, como instrumento para producir informaciones. el espíritu se reduce a la información y su elaboración.

hace cincuenta años apenas había una filosofía de la técnica. hoy ya no percibimos al hombre como ente natural que recibe su fuerza del ser, sino como autor de una técnica autónoma que, por una parte, es capaz de viajar a la luna y, por otra, de extinguir la vida sobre la tierra por medio de la física nuclear o por medio de la química.

vamos haciéndonos conscientes de que el hombre, para bien o para mal, se ha salido de la naturaleza. se halla ciertamente enraizado en ella, pero es capaz de crearse un segundo mundo, el de sus propias construcciones. nuestro mundo ya

no es la naturaleza encerrada en el cosmos. en un arrebato puberal hemos resuelto romper nuestro ligamen con las determinaciones universales para perseguir objetivos propios. éstos se revelan tan temerarios como fatales, y tendríamos que estar dispuestos a aceptar el que, como consecuencia de nuestra autonomía constructiva, la humanidad dejara de existir en el próximo siglo. la humanidad no posee aún una moral que regule el despliegue técnico, científico y económico. acaso porque no estábamos intelectualmente preparados para una tan enérgica revocación de viejas ataduras y viejas verdades.

hoy, la nueva situación del hombre es menos producto de su capacidad intelectual que de su temor a una autonomía que posiblemente se haya vuelto incontrolable y en igual medida indecisa, ciega e impresionante en sus efectos. continuamos filosofando sobre el mundo como «ser» y no advertimos que el mundo se nos ha convertido en un proyecto, en un modelo acabado en el que incluso la propia naturaleza se halla contenida.

ya immanuel kant introdujo en la filosofía «un principio más» no basado en encadenamientos causales. es un principio reflexionante. distinguiéndolo de la razón y el entendimiento, lo llamó «facultad del juicio» (urteilskraft). el «juicio reflexionante» no pretende averiguar las causas de las cosas, sino su finalidad, aquello para lo que nos sirven. kant pasó así de una explicación causal a otra final. ya no es el principio de la razón lo que determina las cosas, sino la adecuación a una finalidad de las mismas. con el «juicio reflexionante» y la «facultad de la imaginación» a él ligada pensamos el mundo desde lo concreto, desde lo particular, no según principios universales.

algo cumple un fin, tiene utilidad, si es congruente consigo mismo. para kant, el criterio de la utilidad así entendida no es aún el uso, sino una idea a la que una cosa está ordenada, su finalidad. sólo en el siglo siguiente sería la eficacia la medida de la utilidad. ello en la ciencia natural. y sólo en el siglo xx será el concepto de uso un concepto central, incluso desde el punto de vista filosófico. (hoy, sin embargo, parece que el uso se sustituye por el «abuso» del consumismo.)

incluso el matemático hilbert tuvo sus dudas sobre si es verdad que dos y dos son cuatro. dudaba de que las legalidades de la matemática permitieran deducir las legalidades de la realidad. pero es incuestionable que fue la poderosa cultura explicativa de la matemática y las ciencias de la naturaleza la que ha hecho de la tierra un gran cerebro, un gran entramado de comunicaciones, un paisaje industrial y un solo mercado de productos, informaciones y servicios.

del pensamiento disciplinado por la lógica y el álgebra, de la ampliación del espacio intelectual mediante fórmulas y algoritmos abstractos, han brotado estructuras que rebajan el planeta que tenemos a objeto de una cultura suplementaria.

y entre terrenos en obras y vertederos disfrutamos de tiempos de ocio y posibilidades de consumo antes no imaginadas.

¿y de dónde obtenemos los conocimientos que trascienden la aplicación de las leyes científicas?

ya no hay ningún reservatorio objetivo del que podamos extraer conocimientos. las verdades eternas podrán haber valido hasta ayer; hoy debemos deducir los criterios de nuestro hacer del propio hacer nuestro, de los efectos de nuestro hacer, del *factum* de su resultado.

hoy ya no nos representamos una humanidad sujeta a las fuerzas de la naturaleza e inscrita en la naturaleza; pero también las leyes naturales han abandonado la naturaleza. las leyes naturales son fundamentos de la técnica, sirven para aplicarlas a máquinas y métodos de fabricación, a la elaboración de productos y a la determinación de su uso y su consumo.

hace algunas generaciones se consideraba que la finalidad de la naturaleza era producir al hombre. hoy la naturaleza ha sido degradada a depósito masivo de recursos a disposición del hombre, y el problema que se nos plantea es sencillamente hasta dónde podemos llegar en su explotación y aprovechamiento para no perjudicar o aun destruir el fundamento de nuestras vidas en lo que todavía pertenece a la naturaleza.

el mundo en que el hombre ha vivido hasta ahora ha sido la naturaleza que lo rodeaba, el cosmos en que éste residía. y la filosofía era la pregunta por nuestros lazos con ese cosmos.

sólo desde hace algo más de un siglo se ocupa la filosofía en conocer las formas de organizarse la vida social, incluidas las condiciones económicas de su existencia. hay una filosofía del trabajo, una filosofía de la producción. pero no hay una filosofía de la técnica, una filosofía que diga cómo nace, se proyecta, se organiza la técnica, cómo se relaciona con el mercado y cuál es su responsabilidad. nos complacemos en una filosofía del conocimiento y del saber. pero nos falta una filosofía del hacer y el proyectar.

el hombre ya no se halla rodeado de la naturaleza y el mundo, sino de cuanto ha hecho y proyectado. sin embargo, el hacer entra en una categoría inferior. un pensador es algo mejor que un hacedor, quien organiza es más que quien produce, el *manager* es más que el ingeniero, la universidad es más que la escuela técnica, el banquero es más que el fabricante. un trabajador manual es en todo caso alguien dependiente. y quien cultiva sus propios productos hortícolas es ridiculizado. son cosas que se pueden comprar.

la conciencia hoy generalizada se remite a hegel y marx para afirmar que lo que hace al hombre miembro de la sociedad no es sino su trabajo y su actividad. pero entre la actividad, el trabajar y el hacer hay diferencias esenciales. la mayoría de los hombres hoy sólo tiene un empleo, pero ningún trabajo. y de quien trabaja hace tiempo que ya no se dice que hace alguna cosa. el hacer es algo ligado a una responsabilidad, algo en lo que alguien está implicado con el concepto, el proyecto, la ejecución y la prueba. aquello que

hace está bajo su control y responsabilidad, y es parte de él mismo. el hacer es la prolongación del yo hacia el mundo autoorganizado. en el hacer se realiza la persona. y ello en la medida en que hay implicados un concepto propio y un proyecto propio, y, en una realimentación permanente, se obtienen del hacer conocimientos correctores del concepto y el proyecto.

sólo el hacer creador es verdadero trabajo y verdadero desarrollo de la persona. el proyecto es el signo de la creatividad; sólo a través de él se tornan humanos el activismo y el empleo. un mundo humano presupone un trabajo y un hacer identificados por el proyecto, porque el motivo de la persona aparece en el proyecto.

para hegel, toda historia es historia de una idea, toda evolución la de una razón, la razón universal, y todo despliegue el despliegue de un principio. esta filosofía, una filosofía peligrosa, sigue estando hoy firmemente asentada en nuestras cabezas. nos abandonamos al curso de las cosas, y la palabra la tiene quien se concibe como espíritu universal.

los proyectos confieren autonomía, y los proyectadores son peligrosos, peligrosos para toda autoridad superior. el estado de nuestra civilización es un estado de determinación. todo está determinado, determinado por autoridades superiores. en consecuencia, nuestra cultura intelectual se enseña como cultura de un principio supremo, el de la razón. la razón como principio exclusivista se puso a la cabeza de un tipo favorecido de cultura intelectual al efecto de asegurar el principio de autoridad.

el principio de la utilidad, en cambio, no conoce ningún exclusivismo. muchas cosas son útiles, y muchas otras son útiles de diferentes maneras. el estado correspondiente a un mundo de finalidades concretas se caracterizaría por la pluralidad. la razón pende de lo general y lo universal; la finalidad es distinta según el caso y según el sujeto. en la finalidad, cada sujeto concuerda con su situación, con su estado, con su caso. la finalidad necesita iniciativas especiales, proyectos especiales, y nunca es general. la finalidad se orienta a lo especial, no a lo general, dice kant.

frente a la de la razón, una cultura de los fines concretos trituraría una idea suprema, un principio supremo, en mil iniciativas, mil conceptos y mil proyectos. ella traspasaría la autoridad del principio supremo al individuo particular. en vez de vivir desde la causalidad definitiva, desde la necesidad lógica, lo haríamos desde la facultad del «juicio reflexionante» para llegar a un equilibrio, siempre individual, entre nosotros, el entorno y el mundo.

en una cultura de proyectos se origina un proceso que podría llamarse de descentralización de la verdad. la razón universal se entregaría a la razón individual, a la intuición y la capacidad de juzgar de cada uno.

el uso de la palabra razón es con frecuencia equívoco y dudoso. unas veces la razón es un órgano, otras un principio. unas veces es el órgano que elabora nuestra información en

nuestra cabeza, otras el principio de la deducibilidad y de la causalidad determinada, que incluso es elevado —en la revolución francesa o en el estado prusiano de hegel— a razón universal.

como órgano de recogida, elaboración y conservación de informaciones con sede en el cerebro, la razón corresponde a nuestra inteligencia; como principio de causalidad y exactitud lógica pretende gobernar el cosmos y se convierte en principio de quienes creen que han de gobernar el mundo.

al final se verá que, fuera de la razón en nuestra cabeza, no puede haber otra razón. pero, a través de una celebración adecuada, la razón universal ha sido encumbrada al punto de exceder la razón en nuestras cabezas. y ello no sólo para dominar a los hombres, sino también a las cabezas.

las verdades eternas, los principios supremos, la razón absoluta, las altas intelecciones, las ideas generales, las leyes eternas, no tienen por lo común ningún fundamento racional, sino social. toda sociedad montada sobre el principio de autoridad, incluida la sociedad de la civilización industrial, necesita para afianzar su cimiento, para tener a raya a sus trabajadores, una justificación última. el poder de las instancias superiores ha de ser glorificado. cuando se consigue paralizar la subjetividad del hombre y sujetarla a una voluntad general, sea la voluntad de un estado, de una iglesia o de un consorcio, se evidencia en el orden del mundo la existencia de una razón superior que todo lo mueve. y así, todos los trabajadores cumplen honradamente con su trabajo y recogen su salario; todos los empleados ponen sus capacidades a disposición de un patrón y reciben su sueldo.

si llegaran a desarrollar la necesidad de vivir conforme a sus propias ideas, de realizar sus propios proyectos, de realizar sus trabajos según conceptos propios, ello conllevaría el socavamiento de las autoridades, de las que a todos se nos ha dicho que son necesarias para la construcción y la conservación del mundo.

hay dominios de la cultura en los que se prefiere una anarquía creativa. si la razón no es más que un órgano elaborador de información y parte del cuerpo humano con sede en el cerebro, nada impide considerar incluso el comer como algo perteneciente a un dominio humano con una dimensión cultural propia.

en nuestra alimentación actual es bien perceptible la tendencia a la simplificación industrial y la generalización económica. sin embargo, el comer y el beber, el cosechar y el cocinar, pertenecen a un dominio cultural que aún sabe muy bien pasarse sin la verdad única. el mundo entero se ocupa en tales menesteres. cocinar, hornear y condimentar son tareas de una gran dimensión cultural. los grandes momentos de la vida solemos asociarlos a una comida. los diálogos a través de los cuales el hombre se conoció como sujeto se produjeron en medio de banquetes. en el corazón de los rituales religiosos siempre hay algo de comer y de beber.

esta cultura cuenta con innumerables tradiciones e innu-

merables iniciativas. cada día participamos de ella con la compañía de deseos, valoraciones y propósitos. pero en ella no hay autoridades que valgan. no hay una verdad del cocinar. hay tantas cocinas como hogares. y la abuela no es una autoridad menor que el papa que los *gourmets* tienen en Lyon.

pero, si prescindimos de las industrias que someten al dictado de la estadística sus amoldadas recetas, en ella hay diálogos, hay conversaciones, hay revelaciones.

¿cómo hay que alimentarse? esto es ya un tema de la humanidad entera, y hasta un tema de diseño, un tema para hacer proyectos. pero no existe ninguna instancia central que esté en posesión de la verdad válida. la consistencia de esta cultura es porosa y ligera como un pan, y, sin embargo, capaz de oponer resistencia a las bazofias que se ofrecen con el pretexto de la maximización de la utilidad y capaz de fundar una moral del comer.

la verdad del comer proviene de la cocina. es decir, proviene de la ejecución, del hacer, del quehacer, del uso, del mismo modo que la individualidad diferenciada proviene de la decisión de vivir la propia vida, lo que ante todo significa no la vida de los otros. lo otro no es, por supuesto, nada herético. puede ser tan legítimo como lo propio. sólo que el criterio decisivo de la verdad es la subjetividad, el acuerdo consigo mismo, en vez de la conformidad con principios universales. en toda la cultura humana del comer no hay otras iniciativas que las del propio hogar.

no hay en esto nada de tozudez intelectual ni de melindres aristocráticos; se trata de un supuesto básico. el efecto explica la ley. el caso determina la regla. *the use is the truth.*

como ocurre con nuestra alimentación, nuestro comportamiento personal con los demás es también un campo abierto, una relación indeterminada. es posible llegar de modo pragmático a un consenso. pero sólo si somos capaces de aceptar a cada persona como ser autónomo y no menos original que una cocina particular. si todos somos capaces de confiarnos a nuestros particulares proyectos.

bien saben esto las autoridades. ellas hablan *ex cathedra*. promulgan decretos. reparten títulos y galardones entre quienes apoyan la autoridad. encargan libros de métodos y manuales y reservan dinero para quienes demuestren la necesidad de su existencia de cualquier forma propagable: en la ciencia —incluida la investigación—, en la doctrina, en la fe.

no hay ningún profesor, ningún doctor, ningún galardonado oficial del arte culinario. si los hubiera, la cocina estaría perdida. el comportamiento fuera de la cocina tiene otros rasgos. aquí, la verdad no se fundamenta, sino que se premia. se premia a quien no sólo defiende como beneficiario suyo la verdad oficial, la doctrina oficial o como se quiera llamar a estas verdades universalizadas, sino que además la justifica cual predicador.

en la ciencia, ha dicho Karl Popper, una verdad es verdadera hasta que otra la reemplaza.

POPPER

EL CONCEPTO
DE VERDAD EN
LA PSYFIC.

en los proyectos el caso es distinto. es verdadero todo proyecto capaz de justificarse por sí solo. ¿qué cocina es más verdadera que otra? ¿qué vida es más verdadera que otra? ¿qué especie está, para seguir con darwin, más justificada que otra? no es ésta una cuestión de tolerancia pluralista; se trata del juego y su multiplicidad. ninguna ciencia es la proclamación de la verdad. la ciencia propone hipótesis. una hipótesis es un modelo. y el criterio de un modelo no es que sea verdadero, sino que se verifique.

el pensamiento de los proyectadores es distinto del de los administradores. el administrador defiende una verdad, una autoridad; como sacerdote a la iglesia, como catedrático a la universidad estatal. el proyectador no sabe nada. para acometer una tarea sólo posee instrumentos. ello lo hace desconfiado. necesita, como se dice en la jerga, el cuaderno de los deberes. sólo cuando ha definido un marco de condiciones echa mano de sus instrumentos, de sus métodos.

ocurre aquí lo mismo que con la educación. antes se sabía cómo había que educar a los niños. hoy ya no se sabe. y no porque nos falten los saberes relacionados, sino porque la educación se dirige siempre a un caso. cada caso es diferente. cada caso es único.

los principios sufren inversiones literales. antes había principios educativos que debían aplicarse. ahora los principios se resignan a ser apreciaciones derivadas de casos particulares. sólo resultan admisibles las generalizaciones obtenidas de la práctica educativa particular. el propio educador tiene buenos motivos para renunciar a todos los principios generales y ceñirse a cada caso. podrá perfectamente orientarse en experiencias generales en la medida en que se halle dispuesto a admitir que su caso pueda contradecir todas las experiencias. también la educación es una tarea de tipo constructivo; consiste en concebir modelos de desarrollo.

el lugar del ser, de lo que ha constituido el tema de la filosofía desde parménides hasta martin heidegger, lo va ocupando el concepto de modelo. tanto lo que es como lo que debe ser lo conocemos a través de modelos de conceptos y definiciones. el acceso a la realidad, al mundo, se ofrece a través de un modelo, de una construcción a base de enunciados, conceptos y operaciones conceptuales. y también el salto al futuro, a un nuevo mundo posible, necesita de la especulación, del trabajo con el modelo. el conocimiento es conformidad con el modelo, y el futuro, desarrollo del modelo. proyectar es construir modelos.

quizá sea el espíritu algo más que simple elaboración de informaciones. tal elaboración es una especie de proceso administrador, lineal, unidimensional. cuando hablamos de espíritu queremos significar otra cosa. nos referimos a la capacidad de esbozar cosas, de desarrollar proyectos, de «arrojar» algo.

el concepto espíritu quedaría legitimado sólo con entenderlo como la capacidad de desarrollar conceptos, lo que significa crear formas multidimensionales. multidimensionales

en lugar, tiempo, método, economía y, con todos los rasgos de su psicología particular, no menos en propósitos, fines, causas e impulsos.

un proyecto es la forma más compleja de actividad espiritual. un proyecto es a la vez analítico y sintético, puntual y general, concreto y principal. se atiende a la cosa y cumple exigencias, se basa en hechos y abre al pensamiento nuevos espacios. atiende a los pormenores y abre perspectivas. tantea y descubre territorios de posibilidades.

en el proyectar, el hombre se encuentra consigo mismo. fuera de él se queda en funcionario.

se tiende a concebir la libertad y la individualidad como un *status*, como un estado. se cree que un hombre es libre cuando vive bajo condiciones que le permiten la libre decisión. pero sólo es libre cuando realiza, cuando produce su libertad. en la más libre de las sociedades podrá haber siervos mientras los hombres entiendan la libertad como una vestidura y no como concretización, como despliegue, como proyecto.

proyectar es generar mundo. el proyecto nace allí donde se produce el encuentro de teoría y praxis. en tal encuentro, ninguna de las dos se anula. ambas encuentran su despliegue.

junto a la teoría y la praxis, el proyecto constituirá una nueva dimensión del espíritu. la cultura humana no podrá permanecer por mucho tiempo reducida a pensamiento y acción. entre ambos se intercala el proyectar, la generación de lo que aún no existe ni en la teoría ni en la praxis, como disciplina metódica diferenciada. en el proyectar, teoría y praxis acreditan su cualidad de fundamentos. el proyecto excede la teoría y la praxis señalando no sólo una nueva realidad, sino también nuevos razonamientos.

en el proyecto, el hombre se hace cargo de su propia evolución. la evolución en el hombre no es evolución natural, sino autodespliegue. ciertamente no al margen de las condiciones naturales, pero sí rebasando la naturaleza. en el proyecto, el hombre llega a ser lo que es. los animales también poseen lenguaje y percepción. pero no hacen proyectos.

Otl Aicher es una de las figuras más sobresalientes del diseño moderno. Todo cuanto desde los años cincuenta, desde su época en la legendaria *Hochschule für Gestaltung* de Ulm, de la que fue cofundador, ha creado en la esfera del diseño corporativo —baste recordar aquí imágenes tan conocidas como las de la firma Braun, la compañía Lufthansa, la segunda cadena de la Televisión Alemana y la firma ERCO— se cuenta entre las grandes realizaciones de la cultura visual de nuestro tiempo. Un aspecto esencial de los trabajos de Aicher es su radicación en una «filosofía del hacer» inspirada en pensadores como Ockham, Kant o Wittgenstein,

Los textos de Otl Aicher son exploraciones de un «mundo como proyecto». Pertenecen sustancialmente a su trabajo. En su recorrido por la historia del pensamiento y la creación de formas, del componer y del construir, se cerciora de las posibilidades de organizar la existencia de un modo humano. Hoy como ayer le preocupa la pregunta que interroga desde qué supuestos es realizable la cultura de la civilización. Tales supuestos deben someterse a discusión frente a las tensiones aparentes y las alternativas puramente intelectuales. Otl Aicher discute de grado. Así, este libro contiene, junto a argumentaciones fundadas en la

GG Diseño

cuyo tema son los supuestos y las finalidades, así como los objetos y las exigencias, de la creación de formas. Los textos de Aicher sobre cuestiones relativas al diseño (que cubren todos los dominios del diseño visual, incluido el de la arquitectura), aparecen aquí por vez primera recogidos en un volumen. Wilhelm Vossenkuhl es profesor de filosofía en la Universidad de Bayreuth. Wolfgang Jean Stock es crítico independiente de arte y arquitectura en Munich.

práctica y excursos históricos sobre diseño y arquitectura, razonamientos polémicos en torno a temas político-culturales. Con fértil obstinación, Aicher aboga sobre todo por la renovación de la modernidad, que parece haberse diluido en visiones estéticas, pues todavía sigue siendo más importante el «domingo de la cultura» que el cotidiano día laborable.

ISBN 968-887-278-4



Ediciones G. Gilli, S.A. de C.V.
Avda. Valle de Bravo, 21.
Naucalpan - Edo. de México